

Richard Powers

ORFEO

Traducido del inglés por
Teresa Lanero Ladrón de Guevara

Título original: *Orfeo*

Diseño de colección: Estudio de Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright: © Richard Powers, 2014

© de la traducción: Teresa Lanero Ladrón de Guevara, 2020

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.),

Madrid, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1362-049-7

Depósito legal: M. 23.710-2020

Printed in Spain

Agradecimientos

Por mi narración en este libro sobre la creación y el estreno de *Quatuor pour la fin du temps* de Oliver Messiaen, le doy las gracias al excelente libro de Rebecca Rischin *For the End of Time*.

Una obertura pues:

Unas luces resplandecen en una casa de estilo craftsman de un barrio modesto, a última hora de una tarde primaveral, en el décimo año del mundo modificado. Las sombras bailan contra las cortinas: un hombre trabaja tarde, como todas las noches durante ese invierno, delante de unas estanterías repletas de objetos de cristal. Está vestido de calle, con gafas protectoras y guantes hospitalarios de látex, con el cuerpo giacomettiano encorvado como si rezara. Un flequillo beatle gris y todavía espeso le cuelga por delante de los ojos.

Examina un libro sobre la mesa de trabajo abarrotada de instrumentos. En la mano, una pipeta monocanal inclinada como una daga. De un pequeño vial refrigerado extrae una cantidad de líquido incoloro menor de la que tomaría un sírfido del brote de una monarda. La gota, demasiado pequeña para asegurar que sigue ahí, va a parar a un tubo no más grande que el hocico de un ratón. Las manos enguantadas tiemblan al tirar la pipeta usada a la basura.

Otros líquidos van de los matraces al cóctel en miniatura: cebadores de oligos para comenzar la magia; polimerasas catalizadoras estabilizadas con calor; nucleótidos que se alinean, como reclutas a las cinco de la mañana cuando toca

diana, a mil enlaces por minuto. El hombre sigue la receta impresa como un cocinero aficionado.

El brebaje pasa al termociclador para someterse a veinticinco ciclos de fluctuaciones, como en una montaña rusa, desde la casi ebullición hasta la tibieza. Durante dos horas, el ADN se funde y se recuece, atrapa nucleótidos libres y se duplica en bucle. Veinticinco duplicaciones convierten unos pocos cientos de hebras en un número de copias superior al de personas sobre la faz de la Tierra.

Fuera, los árboles llenos de brotes se someten a los caprichos de la brisa. Una oleada de chotacabras insurrectos peina el aire en busca de insectos. El ingeniero genético aficionado retira una colonia de bacterias de la incubadora y la coloca bajo la cámara de flujo laminar. Remueve el matraz con el cultivo y reparte las células sueltas en una placa de muestras con veinticuatro pocillos. Coloca la bandeja debajo del microscopio a 400x. A continuación, acerca el ojo a la lente y observa el mundo real.

En la casa de al lado, una familia de cuatro ve el desenlace de Bailando con las estrellas. Una casa más al sur, la secretaria ejecutiva de una empresa inmobiliaria semicriminal organiza el crucero del próximo otoño a Marruecos. En el otro extremo de la doble extensión de jardines, un analista de mercados y su mujer abogada y embarazada están en la cama jugando al Texas hold'em y etiquetando fotos de una boda virtual con unas tabletas brillantes. La casa de enfrente está oscura; los propietarios se han ido a una vigilia nocturna de curación mediante la fe en Virginia Occidental.

Nadie se fija en el viejo bohemio silencioso de la casa estilo craftsman situada en el 806 de South Linden. El hombre está jubilado y a la gente le da por hacer de todo cuando se jubila. Por visitar los lugares de nacimiento de los generales de la Guerra Civil. Por tocar el bombardino. Por

aprender taichí o coleccionar piedras de Petoskey o por tomar fotos de formaciones rocosas que recuerdan a un rostro humano.

Pero Peter Els solo desea una cosa antes de morir: liberarse del tiempo y oír el futuro. Nunca ha querido nada más. Y esta noche en que la primavera es de una sutilidad perversa, ese deseo parece tan razonable como cualquier otro.

Hice lo que dijeron que intenté hacer. Soy culpable de todos los cargos.

En la grabación, el zumbido del espacio profundo. Luego, una nítida voz de contralto dice:

—Urgencias del condado de Pimpleia, operadora doce. ¿Me indica el lugar de la emergencia?

Llega un sonido parecido al de una carraca envuelta en una toalla. Una fuerte palmada da paso a un traqueteo: el teléfono golpeando el suelo. Tras una pausa, un tenor, en el registro de estrés más alto, dice:

—¿Operadora?

—Sí. ¿Me indica el lu...

—Necesitamos asistencia médica.

Se produce un *crescendo* en la voz de contralto.

—¿De qué tipo de emergencia se trata?

La respuesta es un aullido bajo e inhumano. El tenor murmura:

—Ya está, cariño. No pasa nada.

—¿Hay alguien enfermo? —pregunta la contralto—. ¿Necesita una ambulancia?

Otro golpe sordo se convierte en una interferencia. El silencio termina con una O ahogada. Se entrecortan unas pala-

bras rápidas, inidentificables pese al filtro digital y al refuerzo. Los sonidos de un consuelo fallido.

La operadora dice:

—¿Oiga? ¿Me puede indicar su dirección?

Alguien susurra una melodía apagada, una nana de otro planeta. Luego se corta la llamada.

Estaba seguro de que nadie oiría una sola nota jamás. Era una pieza para un auditorio vacío.

Los dos policías que aparcaron delante del 806 de South Linden en un coche patrulla añil ya se habían ocupado esa tarde de una sobredosis de antidepresivos, de un tumulto con rotura de ruedas en una tienda de barrio y de un debate eugenésico con armas de fuego cortas. La vida despertaba en una ciudad universitaria de Pensilvania y la noche aún era joven.

La casa pertenecía a Peter Clement Els, un profesor asociado de la Universidad de Verrata jubilado tres años antes. La base de datos de la policía estaba limpia; parecía que el señor Els nunca hubiera cruzado un semáforo en rojo. Los dos policías —un joven con andares de lanzador de peso y una mujer algo mayor que miraba desconcertada a su alrededor mientras caminaba— tomaron el camino que conducía hasta los escalones de la entrada. Las ramas de arce traqueaban con el viento primaveral. Una hilaridad apagada brotaba de una casa próxima, a dos jardines de distancia. Arriba, en las alturas, los dos motores de un vuelo de corta distancia rugían al acercarse al aeropuerto regional. Los coches pasaban como guadañas de un lado a otro de la autopista cuatro manzanas más allá.

El porche delantero estaba repleto de objetos pendientes de reubicar: una astilladora, un par de huesos de cuero mordisqueados, tientos apilados, un inflador de bicicleta. El policía abrió la mosquitera y la mujer llamó a la puerta, preparada para cualquier cosa.

Algo destelló tras la ventana semicircular y la puerta se abrió. Un hombre demacrado y monacal apareció contra la franja de luz. Llevaba gafas sin montura y una camisa de cuadros abrochada hasta el cuello. Su pelo cano parecía cortado con un tazón por la mujer de un pionero. Un archipiélago de manchas de comida le salpicaba los pantalones de pana. Tenía los ojos en otro lugar.

Por detrás de él reinaba un ligero desorden. Había unas butacas estilo misión rodeadas de estanterías. Todas las superficies estaban cubiertas de libros, estuches de CD y velas cubiertas de estalagmitas. Una de las esquinas de la alfombra persa raída estaba levantada. Los platos de la cena se apilaban en una mesita de café llena de revistas.

La agente estudió la escena.

—¿Peter Els? ¿Ha llamado a urgencias?

Els cerró los ojos y los volvió a abrir.

—Mi perra acaba de morir.

—¿Su perra?

—Fidelio.

—¿Llamó al 911 por la perra?

—Una *golden retriever* muy bonita. De catorce años. Empezó a desangrarse de repente.

—¿Su perra estaba enferma —dijo la mujer con la voz decaída por el peso de la humanidad— y no llamó a un veterinario?

La parte culpable bajó la vista.

—Lo siento. Ha sido un infarto, supongo. Estaba revolcándose por el suelo y aullando. Me mordió cuando intenté moverla. Pensé que si alguien me ayudaba a aplacarla...

Detrás de otra puerta, al fondo de un pasillo que partía del salón, una colcha verde cubría un bulto tan grande como un niño acurrucado. El policía lo señaló. Peter Els se dio la vuelta para mirar. Cuando se volvió de nuevo, su rostro era el anagrama de la confusión.

—Habrás pensado que la estaba castigando. —Sostuvo la puerta medio abierta y examinó el techo—. Siento haberles molestado. Creí que era una emergencia.

El policía hizo un gesto hacia el bulto.

—¿Podemos echar un vistazo?

Els se estremeció.

—¿Para qué? Está muerta.

Después de una pausa incómoda, se hizo a un lado.

En el salón de Els, los uniformes parecían más rígidos y más cargados de quincalla. Los tres muros de estanterías atestados de libros y CD desde el suelo hasta el techo desconcertaron al policía. Cruzó la puerta y recorrió el pasillo para destapar el bulto que yacía en el suelo.

—Esta perra confiaba en mí —dijo Els.

—Los *golden* son buenos perros —comentó la mujer.

—Esta quería a todo el mundo. Me sorprende que durara catorce años.

El agente recolocó la colcha sobre el cadáver. Volvió por el pasillo y se apartó de la puerta. Se toqueteó el cinturón: perra, esposas, comunicador, llaves, spray de pimienta, linterna, pistola. El nombre de la placa era Mark Powell.

—Tendrá que llamar a la Sociedad Protectora de Animales.

—Había pensado... —Els señaló con el pulgar hacia la parte de atrás—. Enterrarla como es debido. Le encantaba estar ahí fuera.

—Tiene que llamar a la Protectora, caballero. Es por motivos de salud pública. Si quiere le damos el número.

—¡Ah! —Peter Els levantó las cejas y asintió, como si todos los misterios del mundo al fin cobraran sentido.

La policía le dio el número y le aseguró que la ley obligaba a llamar a la Protectora, pero que era un trámite sencillísimo.

El agente Powell escudriñó las estanterías de CD: miles de discos, la última tecnología obsoleta. Junto a una de las paredes había una gran estructura de madera, como un burro para la ropa. De ella colgaban varias garrafas de cristal cortadas, suspendidas mediante unas cuerdas.

Powell se tocó el cinturón.

—¡Madre santa!

—Son unos cuencos de cámara de nube —dijo Els.

—¿Cámara de nube? ¿Eso no es una especie de...?

—Se llaman así, nada más —contestó Els—. Son para tocar música.

—¿Es usted músico?

—Antes era profesor de composición.

—¿Escribía canciones?

Peter Els arqueó los codos e inclinó la cabeza.

—Es más complicado que eso.

—¿Más complicado por qué? ¿Compone techno-folk? ¿Ska psychobilly?

—Ya no escribo casi.

El agente Powell levantó la vista.

—¿Por qué?

—En el mundo hay mucho de todo.

El comunicador del cinturón del agente siseó y una voz femenina emitió unas instrucciones fantasmales.

—Es cierto. Hay mucho de todo.

Los policías retrocedieron hasta la puerta de la casa. Junto al comedor había un estudio con la puerta abierta. Las estanterías de la habitación estaban atestadas de matraces, tubos y botes con etiquetas impresas. Había una nevera mediana jun-

to a una larga encimera sobre la que descansaba un microscopio compuesto conectado a un ordenador. El brazo blanco metálico, los oculares negros y el objetivo metálico le daban la apariencia de un soldado imperial. En la pared opuesta, una mesa de trabajo cubierta de más accesorios recibía la luz de las pantallas de cristal líquido.

—¡Vaya! —dijo el agente Powell.

—Mi laboratorio —explicó Els.

—Pensé que escribía canciones.

—Es un pasatiempo. Me relaja.

La mujer, la agente Estes, frunció el ceño.

—¿Para qué son todas esas placas de Petri?

Peter Els movió los dedos.

—Para que vivan las bacterias. Como nosotros.

—¿Le importaría si...?

Els se echó hacia atrás y observó la insignia de su interrogadora.

—Se está haciendo un poco tarde.

Los policías cruzaron la mirada. El agente Powell abrió la boca para explicarse, pero se detuvo.

—Está bien —dijo la agente Estes—. Sentimos lo de su perra.

Peter Els sacudió la cabeza.

—Se sentaba a escuchar durante horas. Le gustaban todos los tipos de música. Incluso canturreaba.

Cuando los policías se marcharon, el viento había amainado y los insectos habían detenido sus inquietantes exploraciones. Durante medio compás, mientras bajaban hacia la acera, llegó una calma que rozó la paz. La oscura tranquilidad duró todo el camino hasta el coche patrulla, donde la pareja comenzó a hacer llamadas.

¿En qué pensaba? En realidad, en nada. Siempre he pecado de pensar demasiado. Esto era acción pura y dura.

La perra solo contestaba al nombre de Fidelio desde la primera vez que Els la llamó así. La música la extasiaba. Le encantaban los intervalos paralelos, preferiblemente de segunda, mayores o menores. Cuando cualquier ser humano mantenía una nota durante más de un segundo, no podía evitar acompañarlo.

El canturreo de Fidelio seguía un método. Si Els emitía un re, la perra soltaba un mi bemol o un mi. Si Els cambiaba a la nota de Fidelio, el perro subía o bajaba un semitono. Si un coro humano entonaba un acorde, la perra cantaba una nota que no estuviera en él. Fueran cuales fueran las notas, Fidelio siempre encontraba una que estuviera ausente.

En el aullido de la criatura, Els oía las raíces de la música: la sociedad sagrada de las pequeñas disonancias.

Los pocos estudios serios que Els había encontrado sobre la musicalidad en los perros sugerían que estos animales contestaban a una distancia de una tercera, pero Fidelio se aproximaba un tono a cualquier nota que Els cantara. La investigación sobre los efectos de los géneros musicales en los perros afirmaba que el heavy metal los ponía nerviosos, mientras que Vivaldi los sedaba. Nada sorprendente: Els declaró una vez, en una de las pocas entrevistas que le pidieron durante su carrera, que *Las cuatro estaciones* deberían ir acompañadas de las mismas advertencias que cualquier tranquilizante. Eso fue años antes del nacimiento de la industria para calmar a las mascotas: *Música para perros, vol. 1; Relajación para mascotas; Canciones para cuando usted no está en casa.*

A los veintiún años, Els veneraba a Wagner. Así fue como conoció a Peps, el *spaniel* musa y coautor de *Tannhäuser*.

Peps se tumbaba a los pies de Wagner, bajo el piano, mientras su dueño trabajaba. Si un pasaje no le gustaba, saltaba al escritorio y aullaba hasta que Wagner abandonaba la idea. Hubo un tiempo en que a Els le habría venido bien un crítico tan sincero; Fidelio habría cumplido bien con esa función. Pero cuando llegó el animal, Els ya había dejado de componer.

Como Peps, Fidelio era bueno para la salud de su dueño. Le recordaba a Els cuándo debía comer o salir a pasear. Y no pedía nada a cambio, solo formar parte de esa jauría de dos, ser leal a su alfa y sentirse libre para aullar cuando sonara la música.

Els había leído acerca de otros perros musicales. El *bulldog* Dan, immortalizado en la undécima de las *Variaciones Enigma* de Elgar, les gruñía a los cantantes que desafinaban. El *bull terrier* Bud interpretó un popurrí de Stephen Foster en la Casa Blanca para Eleanor y Franklin D. cinco años antes de que Peter naciera. Treinta años después, mientras Els deambulaba por un *happening* de John Cage en Urbana (Illinois), Lyndon Johnson y su perrillo Yuki formaron un dueto televisivo ante una nación estupefacta. Durante las tres breves décadas transcurridas entre Bud y Yuki, los biplanos dieron paso a los cohetes lunares y la lámpara de Aldis se convirtió en ARPANET. La música transitó desde Copland a Crumb, desde «A Fine Romance» a «Heroin». Pero en la música canina no había cambiado nada en absoluto.

Las ganas de cantar de Fidelio nunca menguaron. La insaciable sed de novedad no era para ella. Nunca se cansaba de los clásicos más trillados, pero tampoco reconocía nada de lo que Els le tocara, aunque lo oyera con frecuencia. Una danza perpetua y emotiva en un eterno «permanecer en el ahora»: así se tomaba ella todas las piezas que oían juntos, noche tras noche, durante años. Fidelio adoraba los grandes hitos del si-

glo xx, pero reaccionaba con la misma felicidad a las campanillas digitales de un camión de helados a varias manzanas de distancia en una tarde de verano. Tenía un conocimiento especializado que Els habría cambiado por el suyo propio con los ojos cerrados.

No tenía ni idea de lo que sucedería. Es el problema que tiene crear. Que nunca lo sabes.

¿Era esa tonalidad... un don divino? ¿O esas proporciones mágicas, como todo lo humano, eran unas reglas provisionales que podían romperse para alcanzar una libertad más implacable? Fidelio se convirtió en el animal de laboratorio de Els, en su experimento sobre los principios universales de la música. La perra se ponía nerviosa solo con ver que Els sacaba la funda del clarinete de su infancia. Llegaba la hora del dúo: empezaba a ladrar antes de que Els tocara una sola nota. Lo primero era comprobar la equivalencia de octava. Els emitía una nota y la perra contestaba con un intervalo lúgubre. Pero si el clarinete saltaba una octava, el animal se mantenía firme como si la altura no hubiera cambiado.

El experimento convenció a Els de que su perra oía las octavas tal y como las oían los humanos. Las octavas estaban asentadas en el cuerpo, eran una realidad constante no solo en las distintas culturas, sino también más allá de los genomas. Al saltar de do a do, sin importar cómo se dividieran los pasos intermedios, otras especies también oían que las notas se volvían sobre sí mismas como un círculo cromático.

Solo a un loco le importaría algo así. Pero la respuesta de Fidelio emocionó a Els. Le recordó todos los años que se había pasado forzando el oído humano para llegar a lugares

donde no habría ido por gusto, en busca de las matemáticas musicales que le proporcionarían un atajo hasta lo sublime. Fidelio, esa feliz criatura que ladraba con los caprichos del clarinete de Els, daba a entender que en la música había algo más allá del gusto, algo integrado en el cerebro evolucionado.

Els había invertido su vida en encontrar ese detalle tan elevado. Algo espléndido y perdurable que se escondía bajo la gastada superficie de la música. En algún lugar detrás del pentagrama conocido había constelaciones de notas, secuencias de tonos capaces de poner la mente en su sitio.

Aún creía que eso existía. Pero con la muerte de su perra y la suya propia en lista de espera, ya no creía que fuera capaz de hallarlo en esta vida.

Quizá cometí un error. Pero como dice Cage, el «error» es irrelevante. Una vez que algo pasa, es real.

Salió al jardín trasero con una linterna, una pala y un bulto envuelto en una colcha. Escogió un sitio junto a un seto de boj que a Fidelio le encantaba marcar. La pequeña parcela estaba cubierta con una densa capa de hierbajos. La vida ofrecía un exceso despilfarrador que no dejaba de asombrarle. Els colocó la linterna en el pliegue de una madreSelva, tomó la pala y se puso a cavar.

El golpe de la suela contra el borde de la pala y el chasquido de la tierra pedregosa configuraban un apacible ritmo de two-step. Cuando el agujero fue lo bastante profundo para albergar a su compañera de los últimos años, soltó la pala y levantó el cadáver. Fidelio ahora parecía ligera, como si algo la hubiera abandonado durante la hora y media que había transcurrido desde su muerte.

Els se quedó al borde del hoyo pensando qué hacer con la colcha. Su exmujer la había confeccionado con ropa vieja hacía más de cuarenta años, en la época más feliz de su vida en común. La colcha era grande y luminosa, de intensos tonos cerúleos, jade, esmeralda y verde cartujo. El motivo, que Maddy tardó casi dos años en terminar, se llamaba «Noche en el bosque». Era su posesión más preciada, junto con los cuencos de cámara de nube. La sensatez le pedía que la salvara, la lavara y la dejara en un estante para que su hija la encontrara cuando él muriera. Pero Fidelio había muerto en ella con la más incomprensible de las muertes y el único consuelo de esa colcha familiar. Si los seres humanos tenían alma, era seguro que esa criatura la tendría también. Y si los seres humanos carecían de ella, ningún gesto era demasiado generoso o ridículo. Els se disculpó ante Maddy, a la que no veía desde hacía décadas, y colocó el fardo en el hoyo.

El cadáver envuelto en la colcha se acurrucó en el agujero de marga. A la luz de la linterna, la noche en el bosque desprendía unos tonos intensos y fríos. Por un instante, los verdes oscuros redimieron todo el dolor que él y Maddy se habían infligido mutuamente.

Tarareando para sí mismo y con lentitud una frase ascendente, Els tomó de nuevo la pala. Durante el transcurso de sus siete décadas, eran seis las veces que se había visto obligado a recordar que la tristeza te hace amar las cosas más pequeñas y misteriosas. Esta era la séptima vez. Una voz dijo:

—¿Qué haces?

Els soltó un grito ahogado y dejó caer la pala.

Sobresaltada por el sobresalto, la voz gritó:

—Soy yo.

De pie sobre una silla de playa, el vecino de ocho años miraba por encima de las tablillas de la valla de madera. Niños de ocho años vagando por ahí en plena noche sin la supervi-

sión de un adulto. Els no recordaba el nombre del niño. Como todos los nombres de chico en la era de las redes sociales, empezaba por J.

—¿Eso qué es? —preguntó J con un suave susurro.

—Estoy enterrando a mi perra.

—¿Con eso?

—Es como una ofrenda funeraria.

J conocía las ofrendas funerarias por los juegos en línea multijugador.

—¿Y te dejan enterrarla en el jardín?

—Le gustaba estar aquí. Nadie tiene por qué enterarse, ¿verdad?

—¿Puedo verla?

—No —dijo Els—. Está descansando en paz.

Els agarró la pala y arrojó tierra al hoyo. J lo observaba lleno de interés. En su corta vida ya había presenciado varios miles de muertes. Pero un entierro cuidadoso era una auténtica novedad.

El agujero se convirtió en un pequeño montículo. Els se quedó junto a él pensando en el siguiente paso de aquel funeral a medida.

—Era una buena perra, Fidelio. Muy inteligente.

—¿Fidelio?

—Así se llamaba.

—¿Una forma larga de Fido o qué?

—Esta perra sabía cantar. Diferenciaba los acordes bonitos de los estridentes.

Els no mencionó que la perra prefería los estridentes.

J parecía receloso.

—¿Y qué cantaba?

—De todo. Era muy abierta de mente. —Els cogió la linterna y dirigió la luz hacia la valla—. ¿Crees que deberíamos cantar algo para ella?

J sacudió la cabeza.

—No me sé ninguna canción triste, solo de risa.

Quería recordar cómo funcionaba la vida en realidad y ver si la química todavía necesitaba algo de mí.

Un Peter de ocho años se esconde en la despensa de su casa de estilo neotudor, agazapado con su pijama de Gene Autry, para espiar a sus padres e incumplir así todas las leyes humanas y divinas. Le da igual que lo descubran. De todos modos, ya está condenado. Hace varias semanas, los rojos hicieron explotar una bomba atómica y Karl Els les ha contado a todos los padres del barrio, sobre una enorme barbacoa de costillas, que al planeta le quedan, como mucho, cinco años. Esa comida al aire libre es la última despedida del barrio. Una vez terminadas las costillas, todos los funestos padres y sus esposas se congregan alrededor del órgano Hammond de Els con un vaso de ginebra en la mano, como un coro de inocentes borrachuzos que cantan para despedirse:

*There's a bower of roses by Bendemeer's Stream,
and the nightingale sings 'round it all the day long.*

Su hermano mayor, Paul, está dormido en la habitación del desván, una planta más arriba. Susan se revuelve en la cuna a los pies de la escalera. Y Peter, junto a la oleada de acordes, escucha la canción de despedida de Estados Unidos. Las notas flotan y se elevan. Hacen que el discurso sea tan vano como un ventrílocuo en la radio. La luz y la oscuridad salpican a Peter con cada cambio de acorde, emoción sin intermediarios. Las notas se vuelcan; caen, golpe a golpe, sobre

la nota siguiente obedeciendo a una lógica interna, oscura y hermosa.

Otro acorde tímido y turbulento le sacude las tripas. Varios caminos prometedores conducen a notas desconocidas. Pero entre todas las vías posibles, la melodía se torna extraña. Un salto sorpresa le eriza la piel. Le brotan unas ronchas en los antebrazos. Su pequeña masculinidad se endurece con un deseo incipiente.

La banda de ángeles borrachos se atreve con una canción más difícil. Estos nuevos acordes son como los bosques del monte donde vive su abuela, donde su padre una vez los llevó a montar en trineo. Paso a paso, los cantantes tropiezan con una maraña de complicadas armonías.

Algo se estira e interfiere en la canción. Los dedos de su madre se pierden. Pulsa varias teclas, todas incorrectas. Los coristas, con la ginebra levantada, caen en una zanja entre risas. Entonces, desde su escondite, el niño del pijama canta las notas del acorde perdido. Todo el grupo se vuelve para mirar al intruso. Ahora lo castigarán por saltarse más reglas de las que nadie es capaz de enumerar.

Su madre prueba con el acorde sugerido. Es sorprendente pero obvio, mejor que el que ella buscaba. Los cantantes ebrios de ginebra vitorean al niño. El padre de Peter cruza la sala, le pellizca en el culo y lo manda a la cama con una suspensión de pena: «¡Y no vuelvas por aquí a no ser que te necesitemos otra vez!».

Dos meses más tarde, el joven Peter sostiene el clarinete entre bastidores en su primer concurso local. Cualquier placer, como ya ha aprendido, debe convertirse en una competición. Su madre quiere ahorrarle el ritual de gladiador. Pero su padre, que —según su hermano Paul— mató a un solda-

do alemán durante la guerra, afirma que la mejor manera de proteger a un niño del escarnio público es administrárselo a grandes dosis.

Alguien dice el nombre de Peter. Él tropieza en el escenario, la cabeza llena de helio. Al inclinarse para saludar a la completa oscuridad de la sala, pierde el equilibrio y se tambalea hacia delante. Todo el público se ríe. Se sienta para interpretar su pieza, «Extraños países y personas» de Schumann. Su acompañante espera una señal con la cabeza, pero Peter no recuerda el comienzo de la melodía. Los brazos le rezuman gelatina. De algún modo, sus manos recuerdan por fin el camino. Sopla demasiado rápido, demasiado fuerte y, al terminar, está llorando. El aplauso es la indicación para salir corriendo, humillado, del escenario.

Acaba en el baño echando las entrañas por el retrete. Cuando va al encuentro de su madre, tiene la pajarita de clip salpicada de vómito. Ella le acurruca la cabeza contra el esternón y dice:

—Petey, no tienes por qué hacer esto nunca más.

Él se aparta horrorizado.

—No lo entiendes. Tengo que tocar.

Gana el segundo premio de su categoría: una clave de sol de peltre que sus padres colocan en la repisa de la chimenea junto al trofeo que obtuvo su hermano en 1948 en la liguilla de béisbol de división B. Tres décadas más tarde, este objeto aparecerá envuelto en papel de periódico en el desván de su madre, un año después de que ella muera.

He oído esa melodía durante sesenta años. El gusto musical cambia muy poco. El sonido de la infancia tardía suena en nuestro funeral.

Escuela primaria de Carnegie, secundaria en Fisk, instituto Rockefeller: Peter Els sobrevive a todos, pasa de las cartillas de Dick y Jane a los gerundios y los participios, a las batallas del Monitor y el Merrimac, a Stanley y Livingstone, a las tibias y los peronés, a los ácidos y las bases. Se aprende de memoria *La infancia de Hiawatha*, *Ozymandias* y *El nuevo coloso*; sus ritmos ricos y con puntillo llenan los ratos muertos de sus tardes.

A los doce años, domina las retículas de las misteriosas reglas de cálculo. Juega con las raíces cuadradas y busca mensajes secretos en los dígitos de pi. Calcula el área de un sinfín de triángulos rectángulos y cartografía el flujo y el reflujo de la armada francesa y de la alemana durante quinientos años de historia europea. Los profesores rotan como el círculo de quintas y todos insisten en que la infancia da lugar a una serie de hechos acumulados.

Lo que más le gusta son las clases de música. Después de semanas, meses y años, el clarinete claudica. Los estudios musicales que sus profesores le asignan son la puerta de acceso a lugares aún más complejos y encantados. Peter parece hablar ese idioma desde que nació.

—Es un don —dice su madre.

—Un talento —corrige su padre.

Su padre también está obsesionado con la música, al menos con que la fidelidad sea cada vez más alta. Cada pocos meses, Karl Els invierte en aparatos más nítidos, más precisos, más potentes, hasta que los altavoces conectados a su amplificador estéreo de válvula termoiónica son más grandes que la casa de un trabajador inmigrante. Con ellos, acribilla a su familia con clásicos ligeros. Valses de Strauss. *La viuda alegre*. El hombre pone a todo volumen «La canción del general mayor» hasta que su vecino pacifista lo amenaza con llamar a la policía. Todos los domingos por la tarde y cuatro

noches entre semana, el joven Peter oye los discos girar. Examina con atención las armonías cambiantes y de vez en cuando percibe mensajes secretos que flotan sobre la contienda.

Y es en el equipo estereofónico de su padre donde Peter, a los once años, oye por primera vez el *Júpiter* de Mozart. Una lluviosa tarde de domingo de octubre, cenagosas horas de insoportable aburrimiento y ¿dónde andarán los otros niños? En la planta de arriba de sus casas, oyendo *The Blandings* o *The Big Show*, jugando a las tabas o a los palillos chinos; o abajo, en el sótano de Judy Breyer, dándole vueltas a una botella. Sumido en el malestar dominical, Peter revisa a fondo los discos de vinilo de su padre en busca de la cura para su dolor perpetuo, una cura que a buen seguro permanecerá oculta en algún lugar de esas coloridas fundas de cartón.

Transcurren tres movimientos de la *Sinfonía n.º 41*: destino y noble sacrificio, nostalgia por la inocencia perdida y un minueto tan elegante que resulta aburridísimo. Y luego el final, con sus cuatro notas modestas. Do, re, fa, mi: media escala revuelta. Demasiado simple para hablar de invención. Sin embargo, se lanza al mundo como uno de esos antílopes africanos que, nada más caer del útero, aún mojado de placenta, echa a correr.

El joven Peter se apoya en los codos, atrapado por un recuerdo del futuro. La media escala revuelta toma cuerpo; atrae otras melodías hacia su campo de gravedad. Melodías y contramelodías se separan y se reproducen, se persiguen unas a otras en un juego cósmico. A los dos minutos, se abre una trampilla por debajo del niño. La primera planta de la casa se disuelve sobre el enorme agujero. Niño, estéreo, altavoces, el sofá donde está sentado: todo se queda suspendido en el aire, flotando sobre el manantial de sonoridad que se derrama en la sala.

Se propagan cinco líneas virales que infectan el aire con una alegría desenfrenada. A los tres minutos y medio, una

mano agarra a Peter y lo levanta por encima del muro que le impedía contemplar las vistas de sus días. Se eleva sobre la cambiante columna de luz y vuelve la mirada hacia la sala desde donde le llega el sonido. Una paz indescriptible le embarga al ver su cuerpo acurrucado y oyente. Y siente compasión por todos los que confunden esa vida estrecha de miras con la realidad.

A los seis minutos de asombro, las cinco melodías galopantes se alinean en una fuga quintuple. Las líneas resuenan y se superponen mientras revelan cuál era el destino de la música desde el do inicial. Se entrelazan tanto que el oído de Peter es incapaz de descifrar todo lo que sucede dentro de esa ola de cinco vías. El sonido rodea a Peter, que, inmanente dentro de él, constituye una parte, pequeña pero esencial, de todos los sitios.

Cuando el silencio lo deposita donde estaba antes, ya no cree en la materialidad del lugar. Se pasa el resto de la tarde deambulando aturdido. La casa familiar niega que haya sucedido nada. La única prueba está en el disco y, durante los tres días siguientes, Peter desgasta el vinilo con el roce de la aguja. Hasta su padre le regaña para que oiga otras cosas. Por las noches se queda dormido con la cascada de notas. Lo único que quiere hacer durante el resto de su vida es desmontar ese espléndido reloj y volver a montar su engranaje. Recuperar esa sensación de claridad, de estar presente, aquí, de ser diverso y vibrante, tan grande y noble como un planeta exterior.

Júpiter le hace señas para que vaya a verlo, pero las visitas cada vez son más flojas. Al cabo de un mes, Peter, atrapado de nuevo en la implacable Tierra, tira la toalla. Trastea por las habitaciones y da portazos en la casa de dos plantas. Monta en bicicleta lleno de furia a través de las calles flanqueadas por casas como la suya, calles que se retuercen como

una huella dactilar. Distintas melodías se escapan por las ventanas de las cocinas, unas canciones tan sabrosas como el aroma de las chuletas con repollo. Pero Peter ya no tiene paciencia para ellas. Su oído se ha marchado a otra parte.

Deja de encajar con el barrio. Después de estar donde ha estado, los placeres de los demás comienzan a desconcertarle. Los deportes parecen balancines absurdos, las películas se vuelven demasiado joviales y los ruidosos coches lo deprimen. Odia los mundos grises, planos, falsos y acartonados de la televisión, pese a que un día, para entrar en trance, se sienta y mira durante media hora una pantalla con nieve visual, un mensaje del espacio profundo. E incluso después de haberla apagado continúa observando el periscopio marchito en el centro de la pantalla, un portal hacia ese lugar al que no puede regresar.

A los trece años, Peter Els ha perdido toda la sincronización con el entusiasmo aerodinámico de ocho cilindros americano. Ya no le importa a quién avergüenzan sus gustos. Lo único que necesita son sus matemáticas y su Mozart, los mapas de vuelta a ese planeta lejano.

Un interminable domingo de junio, durante el decimo-cuarto año de Peter, su hermano Paul y unos amigos lo sacan de su habitación y lo arrastran hasta el sótano a medio construir, donde lo atan a un taburete para obligarle a oír discos de 45 r. p. m. en un tocadiscos portátil del tamaño de un baúl. «Maybellene.» «Earth Angel.» «Rock Around the Clock.» Le ponen las canciones a la fuerza, convencidos de que domarán al muchacho y lo convertirán en algo un poco menos anticuado. Barajan incluso la posibilidad de la terapia de choque.

—Vamos, tío. Deja de mirarte los huevos y escucha.

Peter lo intenta.

—Esta es muy buena —dice—. Un bonito *walking bass*.

Hace todo lo que puede por parecer entusiasmado, pero la cuadrilla lo tiene más que calado. Le plantan otro tema: «The Great Pretender». Es un acompañamiento pegadizo que se convierte en una tortura china después del primer estribillo.

—¿Y cuál es el problema ahora, cabeza de chorlito?

—¡Problema, ninguno! Es solo que... —Cierra los ojos y grita con cada tiempo fuerte—: Tónica. Subdominante. Dominante. Esos tíos tendrían que aprender nuevos acordes.

—¡La leche! ¿Y qué les pasa a esos acordes?

Nada, si con esos tres eres feliz. Pero ¿qué es la felicidad comparada con el sonido de la eternidad?

—No es por los acordes, ¿eh? —suelta Paul.

—Es que no lleva a ninguna parte, Pauly —contesta Peter—. Se queda ahí dando vueltas.

—¿Dando vueltas? ¿Estás teniente o qué? —Su hermano pone cara de estar en otro planeta: el martilleo, el sexo, el taldro del rock incipiente—. ¿No lo oyes? ¡La libertad, tarado!

Peter solo oye una cárcel armónica.

El tribunal pone «Blue Suede Shoes». Peter se encoge de hombros: ¿por qué no? Diversión dinámica y barata. Ese empeño por no caer cautivado saca de quicio a su hermano. Paul levanta el brazo para golpear al mocosito en la cabeza con una Bola 8 Mágica. Pero el éxtasis del ritmo sincopado puede con él y exclama:

—¡Escucha esto! ¡Por Dios! ¿Hay una música mejor?

Lanza la bola por el torrente de percusión del sótano. Peter la atrapa, baja la mirada y lee la respuesta del oráculo de plástico:

CONCÉNTRATE Y VUELVE A PREGUNTAR

Durante toda mi vida he creído saber qué es la música. Pero era como un niño que confunde a su abuelo con Dios.
